
*El arte de la conversación según Manual de urbanidad. La Vida en Sociedad. Arte de Hablar —
Arte de Escribir Arte de Estudiar (19??)*

*The art of speaking according to the Manual of Civility. Life in Society. The Art of Speaking - The
Art of Writing The Art of Studying (19??)*

G. M. Bruño

RESUMEN

Las líneas que a continuación leerá salieron de la pluma de Gabriel-Marie Bruño. Pero ¿quién es este escritor? Quizá lo conozca, si ha leído algún de texto didáctico firmado por G. M. Bruño. Muchos son sus libros, se publicaron en toda la América católica e hispana. Abordó una gama de temas, siempre procurando la instrucción. ¿Y quién fue G. M. Bruño? G. M. Bruño es el pseudónimo usado para sus publicaciones por el Hermano Miguel Febres Cordero, conocido en Ecuador más familiarmente como Hermano Miguel, religioso nacido en Cuenta (Ecuador) en 1854 con el nombre de Francisco, y que fue beatificación como el Hermano Miguel y, ulteriormente, canonizado como San Miguel Febres Cordero. Cuando se inició como docente de Lengua y Literatura, echó en falta un libro de texto, así que lo elaboró. Al poco tiempo, el gobierno ecuatoriano adoptó su obra para todas las escuelas del país. En adelante y apoyado por su congregación, el hermano Miguel continuó llenando el vacío académico con textos en el que explicaba a los niños no solo acerca del lenguaje, el español y la literatura, sino que también sobre aritmética, geometría, álgebra, química; historia de España y otras materias. Entre esas otras se halla la obra de nuestro interés el Manual de urbanidad. Como lo reconoce en su prólogo, las ideas que ahí desarrolla es una actualización y adaptación a la vida laica de las que expuso San Juan Bautista de la Salle en 1716 en Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana. Ciertamente, ofrece los buenos modales que en diversos órdenes debe caracterizar la actuación de los jóvenes de hace 100 años. De este texto, se han tomado capítulos y subcapítulos que se enfocan en la conversación, sus cualidades, la discreción, la modestia, la mentira, las bromas, la mofa, las murmuraciones, etc.

Palabras clave: Bruño, Manual de urbanidad, conversación, broma, discursos.

ABSTRACT

The lines you will read below come from the pen of Gabriel-Marie Bruño. But who is this writer? Perhaps you know him, if you have read any didactic text signed by G. M. Bruño. Many of his books were published throughout Catholic and Hispanic America. He addressed a range of topics, always seeking instruction. And who was G. M. Bruño? G. M. Bruño is the pseudonym used for his publications by Brother Miguel Febres Cordero, known in Ecuador more familiarly as Brother Miguel, a religious born in Cuenta (Ecuador) in 1854 with the name of Francisco, and who was beatified as Brother Miguel and later canonized as Saint Miguel Febres Cordero. When he started teaching Language and Literature, he missed a textbook, so he developed one. Soon after, the Ecuadorian government adopted his work for all schools in the country. From then on and supported by his congregation, Brother Miguel continued to fill the academic void with texts in which he explained to the children not only about language, Spanish and literature, but also about arithmetic, geometry, algebra, chemistry, history of Spain and other subjects. Among these others is the Manual de urbanidad (Manual of Civility). As he acknowledges in his prologue, the ideas he develops therein are an updating and adaptation to lay life of those expounded by St. John Baptist de La Salle in 1716 in Rules of Christian Decorum and Civility. Certainly, it offers the good manners that in various orders should characterize the actions of the young people of 100 years ago. From this text, chapters and subchapters have been taken that focus on conversation, its qualities, discretion, modesty, lying, jokes, mockery, backbiting, etc.

Keywords: Bruño, Manual de urbanidad, conversation, jokes, speeches.



CAPÍTULO TERCERO
LAS CUALIDADES
DE LA CONVERSACIÓN

I. —La Cortesía y la Conversación.

Será descortesía designar á una persona de respeto por medio de los pronombres : él, ella, ése, ésa. No se dirá, pues: Ese me dijo tal cosa, ella me preguntó, sino: “ El señor X ... me dijo, etc.” “Doña Fulana me preguntó...”

Los apelativos señor, señora atenúan la sequedad de los términos demasiado breves, y deben usarse después de las palabras: sí, no, gracias, pero no deben repetirse muy á menudo, pues resultaría fastidioso.

Cuando se habla con una persona de algún miembro de su familia, deben emplearse fórmulas respetuosas : su señor padre, su señora madre.

Como el tuteo se aviene mal con las fórmulas de respeto, sería ridículo decir: tu señor padre ó tu señora madre. Suele en ciertos casos decirse: tu buen padre, tu digna mamá, ú otra expresión urbana.

Las personas casadas se valen de los términos marido y mujer; pueden usarse estos en su ausencia, pero nunca ante ellas. No se dirá : ¿ Cómo está su marido ? sino: ¿ Cómo está Don Fulano?

Cuéntase que Luis Felipe, rey de los Franceses, se trasladó en cierta ocasión á un pueblo donde poseía un palacio, y fué recibido por la población con el alcalde á su frente. Después, de cumplimentar al soberano, el magistrado, alentado por la sencillez del rey, le dijo : “¡ Qué lástima, señor, que no hayáis traído á vuestra mujer; hubiera sido la fiesta completa! -¡ Oh! respondió sonriendo el monarca, lo siento más que vos, señor alcalde; pero era necesario que alguien se quedara para cuidar de la casa.”

A las personas de jerarquía se les debe dar el título que les corresponde: Ilmo. señor, señor almirante, señor general, señor ministro, etc.

Este título enunciado la primera vez cuando se habla con dichas personas , no se repite á cada paso en el transcurso de la conversación.

Un joven de más de quince años de edad no dice en sociedad: papá, mamá; pero, en familia, se aceptan siempre bien estas palabras.

En una enumeración la tercera persona debe citarse antes que la primera y la segunda antes que la tercera. No debe decirse: yo y mi hermano, sino: mi hermano y yo; él y Vd., sino: Vd. y él.

No se debe hablar á nadie de un modo imperioso. Por tanto, en vez de decir : vaya, venga, haga esto, debe usarse de un circunloquio, diciendo, por ejemplo: Tenga á bien, hágame el favor de, ¿quiere, ó puede Vd. hacer esto?, sírvase ...

Para dar las gracias, uno usará según las circunstancias las expresiones siguientes: gracias, mil gracias ó muchas gracias, le agradezco mucho y otras por el estilo.

Requírese cierta habilidad y gran costumbre de los usos del mundo para saber apreciar ciertas diferencias y variar las fórmulas al tratar, ya con inferiores, ya con iguales, ya con superiores.

A propósito de leves diferencias, suele citarse la anécdota del príncipe de Talleyrand:

Dicho príncipe tenía en cierta ocasión una docena de personas á su mesa. Después de la sopa, ofreció el asado á sus convidados.

Señor duque, dijo al primero con gran deferencia y eligiendo el mejor trozo: ¿me permite que le ofrezca de este asado?

Señor marqués, dijo al segundo con una sonrisa llena de gracia: ¿me permitiré ofrecerle de este asado?

A un tercero con una expresión de particular afabilidad: Querido conde, ¿le ofreceré este trozo de asado?

A un cuarto, con benevolencia: Barón, ¿aceptará Vd. este asado?



Por último, á un caballero que estaba sentado al extremo de la mesa, designando el contenido del plato, dijo con un movimiento de cabeza y una sonrisa bondadosa: ¿Un poco de asado?

Constituye un arte el saber proporcionar los miramientos á la calidad y méritos de cada cual.

Las palabras: oportunidad, placer, honor, no son sinónimas, y no deben, por lo tanto, usarse indistintamente. A un superior, se le dirá: ¿Me honrará usted pronto con su visita?

A un amigo: ¿Tendré pronto el gusto de verte?

Se falta gravemente á la urbanidad, poniendo en duda la palabra de una persona; diciendo, por ejemplo: está Vd. equivocado, eso no es cierto, eso no es así ...; así como respondiendo sí ó no á secas á alguna pregunta.

II. —La Moral en la conversación.

En toda conversación debe tenerse cuidado de no pronunciar sin respeto el santo nombre de Dios, de no criticar las decisiones de la Iglesia, ni bromear con las cosas santas: prácticas de piedad, palabras de la Sagrada Escritura, ceremonias del culto, etc.

Deber riguroso es para todos el no decir nada que pueda herir la religión ó la moral. Si se falta á este deber, se expone uno á disgustar á las personas presentes y á recibir alguna vez ejemplares lecciones.

Tampoco está permitido usar como estribillo los santos nombres del Dios, Jesús y María: ¡Dios mío, qué calor hace! ¡Jesús, qué charlatán! ni tampoco estas exclamaciones: ¡Qué diablo! ¡á fe mía! y otras parecidas. Sólo los borrachos y carreteros se permiten algunas otras palabras soeces y chocarreras.

III. —La Discreción.

La discreción es una cualidad preciosa, que duplica el valor de todas las demás. Consiste en no ser nunca importuno, en no abusar de nada, en respetar el tiempo y la libertad de los demás, lo mismo que sus secretos.

Todo el mundo está obligado á ella. No hay persona que no tenga que guardar silencio sobre ciertas cosas íntimas referentes á su familia, amigos ó conocidos; que no deba evitar la grosera indiscreción de escuchar junto á las puertas, de leer cartas ó papeles dejados en un escritorio; que no tenga el deber de no revelar un secreto que la confianza ó la casualidad le han confiado.

Leer una carta dirigida á otro es indiscreción imperdonable, delito contra el honor, y proceder de hombre descortés.

Es igualmente grave indiscreción el tratar de adivinar, por el examen de un sobre, de dónde viene una carta, por quién fué escrita, y forjar sobre esto suposiciones más ó menos fantásticas.

Ciertas personas, devoradas por el deseo de saberlo todo, se vuelven molestas en extremo por sus preguntas indiscretas acerca de la familia, la fortuna, la vida íntima...

Desoídas la primera, la segunda ó la tercera vez, no se conforman con ello, volviendo á la carga hasta que su curiosidad queda satisfecha, y este deseo de conocerlo todo las hace insoportables, atrayéndoles muchos enemigos.

La curiosidad, hermana de la indiscreción, si no es vicio del corazón, es defecto propio de los niños y una manía de los tontos. Puede llegar á ser intolerable.

Sólo un hombre falto de corazón y educación podrá aprovecharse de una cordial hospitalidad para penetrar en los secretos de una familia y descorrer el velo de sus íntimas miserias. El hogar doméstico es sagrado, y abrir sus puertas á todos con chismes y habladurías indiscretas es acción vil, vergonzosa y humillante. “Si has visto ú oído alguna cosa, dice Erasmo, finge no saber lo que sabes.”

Con justicia es severo el mundo para con los indiscretos, pues los considera como personas poco delicadas, que no merecen confianza alguna y que carecen de la más vulgar educación.



IV. — La Modestia.

La dulce y benévola modestia es no sólo una virtud, sino también una fuerza que granjea más amigos que la riqueza y más crédito que el mismo poder. La modestia realza todas las demás cualidades.

El hombre modesto cuida de no ponerse en evidencia, de no hacerse valer y de no llamar la atención sobre sí mismo; desea y busca la vida oculta. Se parece á la violeta, flor que su humilde tallo sustrae á nuestra vista, y cuyo perfume hasta, por sí solo, para hacerla descubrir.

Rara vez discute, no da su parecer sino cuando se lo piden y nunca lo hace en forma imperiosa y decisiva.

Muy pocas veces habla de sí, de su talento y empleo.

Como desea pasar inadvertido, acepta sin dificultad la ocupación más humilde. La alabanza le cansa y la adulación le espanta.

Quiere de verdad á los amigos que elige, encuentra en ellos numerosas cualidades, y está siempre dispuesto á hacerles favores. Accede de buen grado a sus deseos y no trata de imponerles sus opiniones y gustos.

Siempre de humor tranquilo, no le envanece el triunfo, ni le desalienta el fracaso. Su molestia le libra de las violencias altaneras y despreciativas.

Después de una señalada victoria, escribía el general Turenne á su esposa:

“El enemigo nos acometió; le hemos vencido, loado sea Dios. He trabajado algo durante toda la jornada; te envío pues, las buenas noches y me retiro á descansar.”

¡Qué admirable sencillez!

Los ignorantes y los necios nunca son modestos; no comprender que su yo es un objeto casi siempre ingrato y enojoso para los demás; al revés del hombre modesto, se ponen con gusto en escena y tratan de lucir.

El jactancioso habla constantemente de sí mismo y de todo cuanto puede resultar en alabanza: propia, olvidando que el orgullo es hermano de la tontería, y que, por más que haga un necio bordar hermosamente su traje, no dejará éste de ser el traje de un imbécil.

La fatuidad del jactancioso raya en lo ridículo: todo lo ha visto él, todo lo ha oído, todo lo sabe. Ha leído á Homero, á Cicerón, á Hipócrates: se los sabe de memoria.

En menos de un cuarto de hora, resuelve cuatro casos graves de teología, da tres remedios infalibles para curar una enfermedad insanable, é indica con seguridad cuál es la mejor forma de gobierno.

Este hombre prodigio ha desempeñado por todas partes un papel importante. Nunca tuvo fracasos, todo le salió perfectamente, y, sin embargo, no pasa de ser un infeliz.

Conoció, según dice, poco menos que á todos los grandes personajes contemporáneos; muchos le honran aún con su amistad, y algunos hasta le escriben cartas muy amistosas. Hoy cenará con el ministro X ... , mañana con el senador Y ... ; pasado mañana ... ¡quizás no coma!

Pertenece á una familia ilustre, que desciende de los virreyes de las Indias. Su padre es modesto empleado, pero su familia contó grandes señores, y su tatarabuelo fué un general distinguido que salvó á su rey y á su país.

Avido de cumplimientos, acepta con ridícula complacencia las más exageradas alabanzas.

Es para él la vanidad una necesidad, en cuyas aras hay que sacrificarlo todo, aún la misma verdad. Ni contradicciones, ni mentís, ni humillaciones le son obstáculo para satisfacer esta manía.

“Es propio de un hombre prudente, dice San Juan Bautista de la Salle, no hablar nunca de lo que le atañe, y digno de un alma estrecha envanecerse y hablar elogiosamente de sí misma. Un cristiano no debe hacerse conocer sino por su propia conducta.”



CAPÍTULO CUARTO

LOS DEFECTOS DE LA CONVERSACIÓN

I. —Las Bromas.

La broma es arma peligrosa, que sólo debe esgrimirse con ingenio y delicadeza. Bromear agradablemente es cosa tan difícil como rara.

Para poderse tolerar, ha de ser la broma fina, delicada, exenta de todo sentimiento grosero, de toda expresión trivial; debe tener por objeto las cosas, y rara vez á las personas. Nadie, sino un hombre falto de educación ó un corazón malo, será capaz de chancearse con la miseria, el infortunio ó las deformidades físicas. Es cobardía y bajeza de espíritu ridiculizar á una persona porque sea tuerta, coja ó jorobada.

Á veces, por decir una palabra ingeniosa, una frase picaresca, no se teme causar pena, aunque sea á un amigo. ¿Cómo puede sacrificarse, por el prurito de lucir el ingenio, el dulce placer de ser amable y bueno?

Toda broma que hiera á la religión ó á la moral es grosera y de mal gusto; la que cause disgusto es inconveniente. Aunque sea fina y delicada, no debe dirigirse sino á personas capaces de comprenderla y de no tomarla á mal.

Bromear con un superior es una falta de respeto; con un inferior, una imprudencia: “La familiaridad, dice Madama Nécker, es siempre un error; los superiores la reciben de mal grado, y los inferiores pierden con ella la consideración debida.”

Una broma, al parecer inocente, malquistó para siempre al pintor Isabey con el célebre músico Gretry. Este último era admirador apasionado del canto del ruseñor. Cierta día que cenaba con Isabey, le dijo éste: “Hé aquí, querido Gretry, un pastel que ha sido preparado en vuestro honor; probadlo, y después me diréis cómo lo encontráis.” Gretry saboreó el pastel como entendido, lo repitió dos veces y declaró que nunca había probado cosa tan excelente. “Ya me lo esperaba, dijo Isabey riendo, pues es un pastel de ruseñores.”

Gretry palideció, levantóse, tomó el sombrero y no volvió en toda la vida á casa del pintor.

La broma consiste en un contraste, una relación inesperada, que causa grata sorpresa. Se distinguen tres principales: el chiste, el juego de palabras, y el retruécano.

El chiste es una frase viva, ingeniosa, que resulta de las cosas mismas ó sea del pensamiento, y no de la expresión.

Un mal bromista preguntó cierto día á Alejandro Dumas si no descendía del mono. “No sé, caballero, si desciendo yo del mono, respondió el novelista; de lo que estoy seguro es de que Vd. vuelve á él.”

El juego de palabras es una alusión chistosa, fundada en la homonimia ó parecido de las palabras. Es una especie de equívoco, cuya dificultad constituye su mayor valor. El retruécano es igualmente un juego de palabras basado en la similitud de sonidos, pero que no tiene en cuenta ni el sentido ni la ortografía.

No confundamos el chistoso, gracioso ú ocurrente, con el bromista ó chocarrero de mala ley; ambos bromean, pero de modo muy distinto. Aquél provoca la risa fina y delicada, éste excita la necia carcajada.

Ciertas farsas ó bromas son verdaderos despropósitos é impertinencias. Ocultar un bastón ó un sombrero, quitar la silla cuando está uno á punto de sentarse, poner alguna materia pegajosa en las teclas de un piano son otros tantos disparates, que sólo divierten á los insensatos y no requieren, para realizarse, fuerte dosis de ingenio.

¿Qué diremos de aquellas farsas que pueden acarrear consecuencias funestas, v. gr. aquella de que fué víctima el poeta francés Santeuil? Según nos lo refiere Saint-Simón, el autor de los Himnos sagrados murió después de cuarenta y ocho horas de dolores atroces, envenenado por una copa de vino en que, por broma, habían echado polvo de tabaco. ¡Qué remordimientos para el mal farsante!



Cosas hay que el decoro y la decencia prohíben mentar ó nombrar, y acerca de los cuales no se ha de bromear. Algunos espíritus por cierto muy groseros que se complacen en tan bajas regiones, tratan de llevar á ellas a sus oyentes. Son personas mal criadas que se hacen merecedoras de lecciones muy crudas. Suele juzgárseles con harta severidad, pues habla la boca de la abundancia del corazón.

Cuando, en alguna reunión, se encuentra alguna persona que profiere palabras un tanto libres, no se ha de echará reír; sino fingir no haberlas comprendido y hacer mudar de asunto la conversación, si se puede.

II. — De la Burla y de la Mofa ó Ironía.

La burla consiste en palabras ó acciones con las que se pretende ridiculizar á alguien. Es arma poco cortés, que nunca emplea una persona delicada.

La mofa ó ironía raya en la burla y se confunde muchas veces con ella. Rara vez es delicada y de buen gusto, puesto que trata de ridiculizar ya para provocar la risa ya para satisfacer una venganza.

En sentir del Sr. Noël, distínguense tres géneros de mofa: la que lisonjea, la que desagrada, la que hiere. Se pasa de la primera á las demás facilísimamente.

El que se mofa no es siempre malo, y desea principalmente divertir, para ello parécenle buenos y convenientes todos los expedientes.

A veces sobresale en el arte de percibir lo ridículo y hacerlo resaltar exagerándolo. Se luce más aún con sus ademanes, gestos y visajes y lo cómico de su actitud, que con sus palabras, las más veces incoherentes y desprovistas de buen sentido.

Imita la voz, el ademán, el acento, el paso, el continente de la persona á quien ridiculiza. Los personajes más graves y distinguidos no se eximen de su crítica y llegan, gracias á su ingrato talento, á convertirse en objeto de risa.

Indica cómo camina el señor X., cómo canta el señor Y., cómo lleva Fulano su joroba, cómo hablan, miran

y ríen los idiotas y los cretinos. El parecido es perfecto, casi se le confunde con el original.

El que acostumbra mofarse tiene pocos amigos y muchos enemigos. Los mismos á quienes divierte se alejan de él, pues temen, no sin razón, ser á su vez objeto de sus sarcasmos. Momo, el dios de la mofa, fue arrojado del Olimpo por haber irritado á los dioses con sus majaderas burlas.

El burlador logra divertir á los demás, pero no se hará estimar por nadie, pues nunca ha merecido consideración el oficio de bufón.

Existe otra clase de bufón, constituída por los que lo toman todo en broma y nada en serio, se burlan de todo, del entusiasmo, del honor, de la virtud, ridiculizan la abnegación, parodian un acto de caridad y convierten una buena acción en comedia. Blasonan de no creer en nada y las echan de escéptico.

El escepticismo aparente del bufón llega muy pronto á ser real. ¿Cómo ha de creer en cosas que le sirven habitualmente de ludibrio? Esta inclinación que le arrastra á ridiculizarlo todo, á burlarse de todo, á no tomar nada en serio, le vuelve insoportable. Su semblante burlón, sus razonamientos absurdos, sus apreciaciones injustas, le hacen tanto más enojoso, cuanto más ingenioso se cree.

Este medio barato de ser gracioso es más que vulgar y se encuentra á cada volver de esquina.

III. — La Mentira.

Dióse la palabra al hombre para expresar el pensamiento y no para disfrazarlo. Soltar embustes por verdades, es volverse tan culpable como el que hace circular moneda falsa por buena.

La mentira no admite nunca excusa. “La mentira manifiesta á las claras un alma débil, un espíritu sin alcance y un carácter vicioso.” (BACON.)

Los antiguos consideraban á la mentira como la senda que conduce á todos los vicios; casi todos, en efecto, la tienen por cómplice, auxiliar ú abogada. Se miente

por vanidad, por cobardía, por malicia; se miente para excusar la pereza, la imprevisión, el aturdimiento; se miente por orgullo y se miente por envidia.

“El demonio es padre de la mentira y lleva dos nombres, el uno Satanás; el otro Mentira.” (V. HUGO.)

Hablar contra lo que se piensa es indigno de un carácter leal y de una conciencia delicada.

“El que miente, no merece ser contado en el número de los hombres.” (FENELÓN.)

Los mismos paganos tenían gran horror á la mentira: Arístides y Epaminondas tenían en tan grande aprecio la verdad que nunca se permitían mentir, ni siquiera por broma.

El embustero no goza de consideración alguna. Su primer castigo consiste en perder toda confianza: no se le cree nunca, y parecen trocarse sus palabras más verídicas en mentiras y embustes.

La mayor ofensa que inferirse puede á un hombre es decirle: ¡Mentís! y la mayor alabanza, reconocer que no tiene disimulo. “Nada honra tanto á un hombre como la sinceridad.” (SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.)

No basta precaverse de la mentira; hay que evitar también la exageración, que es una especie de mentira de las personas honradas.

Ciertos cuentistas, para hacer más interesantes sus narraciones, no temen ampliarlas y embellecerlas con detrimento de la verdad, y relatar como verdaderas, anécdotas que sólo existieron en su imaginación. Así es como adquieren el hábito de mentir.

Es menester ser veraz, pero no indiscreto. No todas las verdades deben decirse.

Viene al caso aquí lo que escribió cierto autor: “El hablador y parlanchín cuenta todo lo que sabe; el atolondrado dice cuanto no sabe; los jóvenes refieren lo que hacen ; los viejos narran lo que hicieron y sólo los tontos dan á conocer á quien quiera oírlo lo que intentan ejecutar.”

IV. — La Murmuración y la Calumnia.

Prohíbe la moral severamente la murmuración y la calumnia, esas dos plagas de la conversación. ¡Cuán culpables son esos desgraciados que por irreflexión, ligereza ó maldad, destruyen la reputación de sus semejantes! En su pintoresco lenguaje, el pueblo les anatematiza, llamándoles lenguas viperinas.

Dichas lenguas nada respetan: cual fuego destructor, denigran lo que no logran consumir. En nuestra presencia destruyen el buen nombre ajeno; ante los demás, mancillarán el nuestro.

Al manifestar sin necesidad las faltas ajenas, compromete á menudo la murmuración los intereses más graves, y puede producir daños irreparables. Es hija de la envidia, ó de cualquiera otra mala pasión.

“Murmurar sin intención es insensatez; murmurar con reflexión, un delito; elija el murmurador entre ser insensato ó malvado.” (DUCLOS.)

Personas hay que no parecen tener ingenio, sino para denigrar á los demás. Incapaces de sostener una conversación seria, enmudecen cuando dejan de hablar en mal del prójimo. Los chismes y la murmuración son para ellas una necesidad á la que todo lo sacrifican, hasta la amistad.

La calumnia, más culpable aún que la murmuración, es una odiosa mentira, revela un alma ruin y perversa y causa los más graves perjuicios.

El asesino que mata á su víctima de una puñalada es menos culpable que el calumniador quien, sin que se pueda resistirle, sin que se le note, mata con la lengua á un inocente y le arrebató un tesoro más valioso que la vida: la honra y el buen nombre.

El calumniador, que no teme atacar las mejores reputaciones, encuentra siempre espíritus tan crédulos y malévolos que crean en sus cuentos absurdos, en sus odiosos embustes. Ciertos oídos están siempre abiertos á la murmuración, á la calumnia, á las malas palabras, como las cloacas están lista para recibir las aguas sucias.” (VALYÈRES.)



El detractor y el calumniador son tanto más despreciables cuanto más hipócritas. “Ese pobre señor X ... no es realmente feliz y merece por cierto que se le tenga compasión. Ya sabes cuánto yo le aprecio, qué amigo mío es: imagínate que se atrevió á decirme ...” Y después de haber coronado de flores á la víctima, se la inmola sin piedad.

Es más de temer un falso amigo que un enemigo declarado: como Judas, vende al dar el beso. Y cuando, con palabras hipócritas, y mentidas, ha cortado una carrera, sembrado la discordia en una familia, causado irreparables daños, no tiene quizás remordimiento alguno y aun se cree honrado. ¡Qué aberración!

Los murmuradores y calumniadores son seres peligrosos y malhechores; debe huírse de ellos ó reducirlos á la impotencia, desenmascarándolos públicamente.

V. —La Crítica.

El murmurador refiere; el criticón juzga ó más bien censura, acibarando casi siempre con hiel sus juicios; es duro, severo, inexorable: nadie halla perdón ante sus ojos. No hace sino vituperar y se gloria de ello; sus apreciaciones son acerbos, injustas, perversas.

Todos se engañan, y sólo él posee talento y aptitudes; sólo él conoce á los hombre y la manera de dirigirlos. ¿Por qué no se le consulta? En opinión suya, por no escucharle, por haber desoído sus consejos, nada sale bien.

Tan severo para con sus compañeros, no lo es menos para con sus superiores, á quienes censura implacablemente.

Soberbio y envidioso, egoísta y friamente malvado, el crítico es tan temido como detestado. Sólo los que se le parecen buscan su enojosa compañía.

“Si observáis, ha dicho La Bruyère, cuáles son las personas que no pueden alabar, que siempre censuran; que no se satisfacen con nada ni con nadie, reconoceréis pronto que son aquellas de quienes nadie está contento.

VI. —La Delación.

La delación consiste en denunciar, por interés ó perversidad, un crimen , un delito ó defecto, con el propósito de dañar á alguno. Ese procedimiento es abominable y nunca se le afrentará bastante. Supone un alma corrompida y un corazón cobarde, dice Malesherbes.

El emperador Teodosio castigaba con la muerte a todo delator que lo fuera por tercera vez.

La forma más repulsiva y más degradante de la delación es la carta anónima; ésta no se excusa jamás.

Si al acusar se cree cumplir con un deber, es menester poseer valor suficiente para no ocultarse.

Las denuncias falsas llevan casi siempre consigo funestas consecuencias. Agrían los ánimos, ulceran los corazones, fomentan las disensiones y enconan las querellas.

El sembrador de chismes es detestado por todos; la discordia y el odio quedan tras de sus huellas. Conviene juzgar favorablemente á todo; y no preocuparse en cuanto cabe de los actos ajenos. Es error grande erigirse en censor público.

VII. —La Lisonja y los Cumplimientos.

La lisonja. - La adulación , alabanza exagerada ó mentida, dictada por el interés particular, ha sido llamada la cortesía del desprecio, una moneda falsa que sólo tiene curso gracias á nuestra vanidad.

El adulador es un egoísta pernicioso; adula para insinuar en el ánimo de uno, granjearse ó conservarse la buena voluntad, obtener algún favor. Es el peor de los enemigos, más culpable aún que el testigo falso: éste engaña al juez sin corromperle; aquél nos engaña y nos corrompe.

Es siempre malo para el adulado el permitir dicha alabanza, porque muestra con ello tener poco ingenio y mucha presunción.

El adulador sólo busca su propio interés: vive á expensas de quien le escucha.



CAPÍTULO QUINTO

ELEMENTOS DE LA CONVERSACIÓN

El superior que no quiere exponerse á ser dominado por los más viles de sus inferiores, debe ante lodo desconfiar de los aduladores. Estos, buscándole el lado flaco, acabarán por persuadirle de que sólo ellos le tienen afecto y de que los demás son enemigos suyos.

“Es preferible ser reprendido por no sabio, á ser seducido por las lisonjas de los insensatos.” (ELESIASTÉS.)

Los cumplimientos ó elogios. — El elogio, designado también con el nombre de cumplimento ó cumplido, es una palabra agradable, una alusión fina hecha con propósito de dar gusto á una persona y de hacer resaltar sus merecimientos.

Si no está permitido adular, lo está el celebrar en momento oportuno, con tacto y con medida.

El elogio debe ser sincero, muy delicado en su forma, de giro elegante y venir muy al caso. Prefiere dejar adivinar la alabanza á que expresarla. Se tolera una leve exageración.

Si es demasiado directo, hiere la modestia; extremado ó estudiado, es casi siempre ridículo y ofensivo quizás: causa tanto más gusto cuanto más merecido es.

El cumplido de báscula, es decir, el que se hace para ensalzar á una persona humillando ó otra, es tan poco cortés como falto de delicadeza. Ejemplos: “Es Vd. tan amable, como rústico el señor X ..” “Es Vd. tan generoso, como avaro el Sr. Y...”

Como los cumplimientos no son sino mera cortesía, se deben escuchar con modestia, y no exagerar las protestas, pues éstas se toman siempre en serio.

Si una persona se ve alabada, no debe demostrar gran satisfacción, sino excusarse discretamente, diciendo, por ejemplo: No he hecho sino mi deber. Más discreto aún sería no decir nada, y mudar de conversación.

I. —La Narración.

Para que no canse una narración, es conveniente no detenerse en pormenores inútiles, es necesario que los diversos incidentes vayan bien encadenados, que el lenguaje sea claro, sencillo y correcto, la pronunciación distinta, los ademanes sobrios y naturales.

Debemos desconfiar de los cuentos largos ó inverosímiles, pues provocan el fastidio ó la incredulidad.

No debe anunciarse nunca que una narración cualquiera va á causar hilaridad ; pues no se conoce siempre el gusto ni la disposición de los oyentes.

Al referir una historia graciosa, debemos fingir seriedad: cuanto menos riamos nosotros, tanta más risa provocaremos. Los grandes cómicos adoptan generalmente aspecto singularmente grave.

Es falta de cortesía el reír después de haber pronunciado una frase chistosa y mirar á los demás para ver si también ríen, pues indicaría es lo que se figura uno haber dicho alguna maravilla.

Sea interesante ó no un relato, si se nota que el auditorio se cansa, debe terminarse con pocas palabras.

El ademán, que compañía necesariamente á la palabra, debe estar en perfecta armonía con la expresión, de la que es, por decirlo así, complemento. Cuanto más sencillo y familiar sea el lenguaje, tanto más suave y tranquilo habrá de ser el ademán. Los gestos exagerados ó muy profusos demuestran demasiada vanidad y son algo ridículos.

II. —La Discusión.

La discusión tiene sus leyes y sus reservas. Se desenvuelve con gusto y provecho, cuando queda sometida á las prescripciones de la lógica y de las



convenciones sociales. Bien dirigida, presta á los asuntos más áridos un interés poderoso; aguza el espíritu, acostumbra á la réplica y estimula todas las facultades. Por este motivo, es loable la práctica, adoptada en algunos centros y colegios, de formar entre los socios y alumnos reuniones de conversación.

Cuando discutimos, debemos escuchar lenta y pacientemente al adversario, responder con calma á sus objeciones y cuidar de no herirle con palabras duras ó injuriosas.

Ni aun combatiendo arduamente al adversario, debemos faltar en ningún momento á la cultura ni dejar de tenerle los miramientos debidos, pues es siempre penoso escuchar la menor contradicción. En resumen, ésta equivale más ó menos á decir: “Señor, Vd. se engaña, ó Vd. me quiere engañar.”

Si al discutir, se llega á descubrir la falsedad de la opinión que sostenía uno, se confiesa con franqueza, y, en caso contrario, no se abusa de la victoria evidenciando demasiado lo absurdo ó falso del contradictor.

Si la controversia degenera en personal y agresiva, y está á punto de concluir en riña, debemos adoptar gran reserva, y en el instante que podamos, cambiar hábilmente el objeto de la conversación.

¿Qué son al fin y al cabo las disputas, riñas de palabra y discusiones? Casi siempre un duelo entre dos amores propios, entre dos vanidades, entre dos soberbias; de aquí nace que se sirven ambos campeones tantas veces de armas emponzoñadas, aun cuando sólo se batan con agujas y alfileres.”

Hay que desconfiar de las discusiones políticas y religiosas; son éstas tan apasionadoras é irritantes, que es difícil sostener su opinión sin pecar contra las reglas de la cortesía; más vale, pues, abstenerse de tal clase de polémicas.

Como la discusión supone ó establece una especie de igualdad entre los contradictores, no está permitido discutir con los superiores.

Los jóvenes no deben discutir, y mucho menos contradecir.

Desmentir á una persona es una gran falta de cortesía, una acción imperdonable y muchas veces peligrosa.

III. —El Modo de escuchar.

Saber escuchar es, según la persona que hable, prestar al discurso una atención bondadosa, amable ó respetuosa. Diríase que no hay cosa más sencilla ni más fácil, y sin embargo, nada es menos común; por eso dice un sabio de la antigüedad: “Los hombres nos enseñan á hablar, y los dioses á callar.”

El oyente atento anima á la persona que habla y halaga su amor propio. Sonríe con manifiesto placer, se asombra cuando se trata de algo notable y adopta un gesto grave, alegre ó enternecido conforme lo requiere la conversación.

No debe guardar siempre silencio; puede agregar una palabra oportuna, una observación juiciosa y aun algunas ligeras objeciones.

Si el relato es poco interesante, desvía hábilmente la conversación y la lleva á un terreno menos aburrido.

Cada cual tiene su tema que puede tratar con mayor competencia y que se puede escuchar con interés y provecho. Un poeta interesa cuando declama sus versos; un militar, cuando refiere una batalla; un agricultor, cuando habla de sus cosechas. Da muestras de ser delicado y discreto quien sabe hacer hablar á cada cual sobre lo que mejor conoce ó sobre lo que más le agrada.

“El ingenio en la conversación, dice La Bruyère, consiste menos en hacer gala de mucho talento que en poner de manifiesto el de los demás; quien después de conversar contigo queda contento de sí mismo y de su ingenio, lo está igualmente de ti.”

Muchos jóvenes que pasan por amables é ingeniosos, no han tenido otro título para merecer tal reputación que el de haber sabido escuchar.



Un general, que cenaba todos los sábados en casa de un pintor joven, había adquirido la costumbre de contar cada vez, durante los postres, el paso del Beresina. Los comensales, por supuesto, se fastidiaban, pero el artista creía de su deber el escuchar con bondad aquel relato tantas veces repetido.

El general murió repentinamente de apoplejía. Algunos días después de aquel fallecimiento imprevisto, el pintor fue llamado por un notario para proceder á la apertura del testamento, y cuál no sería su sorpresa al escuchar lo que sigue:

“Lego al señor X..., pintor, 10.300 francos como agradecimiento por la complacencia sin igual que ha demostrado en escucharme 103 veces el relato del paso del Beresina.”

¡Cien francos por cada audición del famoso pasaje, era bastante lucrativo!

Escuchando con benevolencia, no se ganará siempre otro tanto, pero se conquistará la estimación y simpatía del interlocutor.

“Es hombre amable quien oye con interés cosas que sabe, de labios de quien las ignora.” (Mma DE GENLIS.)

IV. —Resumen de las reglas de la Conversación.

Para ser agradable en una conversación, débese, pues:

1° Hablar poco y escuchar mucho: Dios nos ha dado una sola boca y dos oídos.

2° Hablar con tono moderado, gracioso y natural, sin acento defectuoso.

3° Evitar la grosería, la trivialidad, y todo cuanto pueda ofender un oído delicado.

4° Sin ser purista, velar por la corrección y la elegancia del lenguaje, respetando los fueros de nuestra hermosa lengua castellana.

5° Hablar á cada cual de lo que mejor conozca ó de lo que más le agrade.

6° Hablar muy pocas veces de sí mismo, de su familia, de sus negocios propios: el yo es siempre odioso.

7° Saber guardar un secreto, y no hacer nunca preguntas indiscretas.

8° Mostrarse benévolo, sin adulación; sincero, sin rudeza; siempre amable.

9° Saber escuchar.

CAPÍTULO SEPTIMO EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO

I. —Su Utilidad.

En un siglo y en un país de libre discusión, donde los estudios sociales se desarrollan más que en ninguna otra época, es necesario acostumbrarse desde temprano á hablar en público, para poder en cualquier ocasión defender sus opiniones y hacer triunfar la causa del bien y de la verdad.

Muchas personas, estimables por todos conceptos, permanecen en un aislamiento estéril, por no saber exponer convenientemente sus ideas, mientras que el orador hábil y amable ejerce en tomo suyo una influencia proporcionada á su talento.

“La elocuencia es á la vez el don de conmoverse y de comunicar la emoción ... Es el sólido que apasiona á las almas.”

(LACORDAIRE.)

La elocuencia es un don natural y, por tanto, no puede enseñarse; no se aprende á conmoverse ni á conmover. Cuando se siente con viveza lo que se quiere decir, no se expresa, sino que se pinta con la palabra y con el ademán.

Es el corazón el que hace elocuente á un orador; los discursos son siempre interesantes, cuando el alma está llena de sentimiento.

¿No son admirables, por ejemplo, aquellas palabras de un anciano salvaje, á quien se pretendía desterrar de su país: “¿Por ventura diré á los huesos de nuestros antepasados: Levantaos y caminad ante nos otros hacia una tierra extranjera?”

Según lo que acabamos de decir, parecería que la



Retórica no tiene importancia ni su estudio utilidad alguna; muy al contrario, el arte del buen decir perfecciona las disposiciones naturales, enseña á juzgar las obras oratorias y á darse cuenta de sus propias emociones ante una obra maestra de la elocuencia. Enseña también, lo que no es menos ventajoso, á preparar un discurso y ú pronunciarlo con arte.

II. —La Preparación del discurso.

Ciertas personas, al oír á un buen orador, se imaginan que las palabras fluyen de sus labios cual el río de su fuente, sin ningún esfuerzo y sin haber requerido trabajo alguno; es este un grave error.

Un hombre serio no arrostra un auditorio sino después de larga preparación, y si no siempre tiene tiempo de preparar el discurso, por lo menos, elabora su plan.

El plan es absolutamente necesario: el más hábil de los improvisadores no puede prescindir de él. El plan produce orden, claridad y unidad en el discurso, auxilia á la memoria y evita las digresiones. Sus divisiones deben ser distintas, claras, poco numerosas, pero fecundas en su desarrollo.

El plan supone dos cosas : la invención y la disposición.

La invención consisto en hallar las ideas que convienen al asunto, y los argumentos propios para conmover ó convencer. Cuanto más profundo sea el estudio de una cuestión, tanto más abundantes serán los pensamientos y más convincentes las pruebas.

El gran secreto de la elocuencia es conocer bien la materia de que se habla, y conocer á fondo toda la doctrina que á ella se refiere, pues, como escribió Horacio, “pensar bien sino maravillosamente para hablar bien”.

La disposición hace una selección juiciosa de los materiales, los ordena, los clasifica de una manera lógica, yendo de lo conocido á lo incógnito. Las divisiones deben estar bien señaladas, y las ideas perfectamente ligadas.

III. —Las Divisiones del discurso.

Todo discurso comprende tres partes principales: el exordio, la exposición y la peroración.

El exordio tiene por objeto granjearse la benevolencia de los oyentes, y anunciar el asunto que se va á tratar. “Debe mostrar todo el objeto del discurso en conjunto, y prevenir favorablemente al auditorio con una modesta introducción hecha con tono de probidad y candor.” (FENELÓN.)

La exposición establece los hechos en forma clara, sencilla y precisa, insistiendo en las circunstancias de que más tarde se deberá hacer uso: este último punto tiene importancia capital. De los hechos y de los principios, se deducen las consecuencias, y se dispone el razonamiento de modo que todas las pruebas se apoyen entre sí, y guarden un enlace que facilite su comprensión y recuerdo.

Es menester que el interés del discurso vaya creciendo, y que la verdad se imponga cada vez más al espíritu del oyente. Las pruebas más convincentes, las imágenes más brillantes, los pensamientos más decisivos, suelen reservarse para el final.

El orador debe conocer perfectamente las pasiones que agitan el corazón humano, sobre todo aquellas que son capaces de producir mayor impresión, á fin de ponerse en condiciones de excitar en los oyentes profundas y duraderas emociones. Obrando así, con habilidad y progresivamente en el corazón y en el ánimo de los que escuchan, es como logrará conmoverlos y convencerlos.

Después de la exposición, viene la peroración, ó conclusión del discurso. Es particularmente importante esta última parte. Por ser ella la que produce la impresión definitiva, requiere ser bien trabajada. “Entonces, más que nunca, está permitido valerse de todos los recursos de la elocuencia.” (QUINTILIANO.)

La peroración debe resumir el asunto, recordar sucintamente lo más conmovedor ó persuasivo que se haya dicho, y terminar con un pensamiento notable, sorprendente, capaz de conseguir en el espíritu y el corazón del auditorio el triunfo de la verdad.



IV. —Conviene escribir el discurso.

Aun cuando se tenga costumbre de hablar en público conviene escribir el discurso.

Sí, en sus Diálogos sobra la elocuencia, parece opuesto Fenelón á los discursos escritos, es porque supone que el orador tiene gran facilidad de elocución, y que ha preparado con todo cuidado lo que debe decir, aun en sus pormenores. Esta preparación equivale á un trabajo escrito muy desarrollado. Bourdaloue, Massillon, Flechier, escribían y aprendían de memoria sus discursos. Después de una brillante improvisación, un célebre abogado de Lyon no tuvo reparo en decir: “La improvisación más feliz soporta difícilmente la lectura: nada reemplaza la preparación hecha con la pluma en la mano.”

Imponiéndose la obligación de escribir el discurso, se trabaja no solamente el fondo, sino también la forma. Se comprenderá toda la importancia de este trabajo, si se recuerda que la forma es el ropaje del pensamiento, que ella le da sus contornos, le suministra sus encantos y su brillo, y consiente que produzca todo su efecto.

¿Qué valen las más sublimes ideas, si se expresan desatinadamente? ¿Habrá acaso pensamiento capaz de impresionar, si no reviste la expresión adecuada y conveniente? “Casi siempre, lo que se dice impresiona menos que el modo de decirlo.” (VOLTAIRE.)

El estilo ensalza las más sencillas ideas, vuelve conmovedoras las más comunes, fortalece las más débiles y agrada á la vez al oído y al espíritu. El estilo es bueno cuando hace concordar todos sus movimientos con los del pensamiento; sencillo, cuando la idea lo es también; florido, cuando es ésta graciosa; magnífico, cuando se eleva y sublima. Notemos, de paso, que el castellano, tanto por su majestad, fuerza y energía cuanto por su notable armonía y sonoridad, parece ser la lengua adecuada para la literatura oratoria. De todos modos, el discurso debe ser claro. Es ésta la nota fundamental de una obra de elocuencia.

Para ser claro, conviene evitar los períodos largos, los términos técnicos ó muy abstractos, explicar el sentido de las palabras poco inteligibles, valerse,

en caso de necesidad, de comparaciones sencillas y familiares, conservando, empero, la dignidad del asunto. “El único discurso bueno es el que es claro para los ignorantes, sin que los sabios hallen en él nada que corregir.” (QUINTILIANO.)

El orador necesita conocer el modo de ver y sentir de su auditorio, con objeto de usar un lenguaje que aquél pueda comprender y gustar. No se hablará á los niños como á las personas de edad, ni al habitante de las ciudades como al campesino.

O’Connell ejerció tan gran influencia sobre los Irlandeses, porque sabía hablar el lenguaje popular, más elocuente muchas veces que el que empleaba en el parlamento inglés.

Cualesquiera que sean los oyentes, el orador hábil trata de granjearse sus simpatías con su sencillez y benevolencia; de no chocarles con el abuso del odioso yo ni de herirles con palabras imprudentes ó demasiado severas.

Lo que más debe temerse es la monotonía, madre del fastidio y del sueño. Para evitarla, variará el número y extensión de los períodos, interpolará algunas frases largas, apuntaladas con otras muy cortas, y pondrá especial esmero en verter sus pensamientos en forma viva, conmovedora y florida.

Conservando la sencillez, debe velar el orador por la armonía y elegancia del lenguaje, evitando las malas consonancias, las repeticiones de sonidos ó palabras iguales, la acumulación de los que, los de, los para, los porque, los pues ... y de todo cuanto es duro y fastidioso. La idea más noble no puede agradar al espíritu, si hiere el oído.

Se debe también, una vez terminada la redacción, leerla con cuidado para corregir los giros viciosos, los términos impropios, y para rayar todo cuanto fuere ajeno al objeto propuesto, todo cuanto pueda perjudicar á la proporción de las partes, ó desagradar al auditorio.



V. —Hay que estudiar el discurso.

El orador ha de aprender su discurso, aun cuando tenga gran facilidad de palabra.

Lo lee, desde luego, una y otra vez, para darse cuenta del orden y encadenamiento de las ideas, y trata de retener en la memoria sus divisiones y subdivisiones.

Estudia en seguida los párrafos primero uno tras otro, y luego agrupándolos.

Cuando sabe el discurso por completo, lo recita en alta voz, y procura exteriorizar, con los gestos é inflexiones de la palabra, los sentimientos expresados. Suple los términos que no recuerda y rara vez acude á su cuaderno.

El orador esclavo de su texto se expone á perder el hilo de las ideas y á cortarse en medio de su discurso. “Es un tormento que extingue el fuego de la imaginación y perjudica la naturalidad y rapidez de la acción.” (QUINTILIANO.)

Cuando se habla en público, es necesario ser dueño de la frase, para no detenerse en alguna expresión que no acuda á tiempo.

Quiere Cicerón que tenga el orador mucha presencia de ánimo, para que sepa agregar, siguiendo la inspiración y cuando lo exijan las circunstancias, algunas buenas ideas. Estas digresiones, principalmente para los que comienzan, deben ser breves y escasas.

VI. —La Acción oratoria.

El orador que quiere dominar á su auditorio debe, desde luego, dominarse á sí mismo. Cualquiera que tenga miedo ó no sea dueño de sus nervios, hará mejor en callarse.

Cuando se turba un orador, le falta la memoria y le abandonan las ideas, padece y hace padecer.

La acción oratoria que regula el ejercicio de la voz y del gesto, tiene gran importancia, y sin ella pierde toda su fuerza el más hermoso discurso.

Lamennais, que escribía admirablemente, no podía hablar en público; en cambio, muchos discursos de Mirabeau y de Gambetta, débiles y aún incorrectos á la lectura, produjeron en las asambleas parlamentarias donde se pronunciaron, los más maravillosos efectos.

“Sin acción oratoria, el mayor orador es nulo; y merced á ella, el orador más mediano se eleva al nivel de los más hábiles.

El ademán anima la palabra, cautiva el oído, conmueve el corazón .y disimula las imperfecciones y defectos del discurso.” (CICERÓN.)

Por la perfección de su recitado y el encanto de su dicción consiguió Hortensio, no obstante su inferioridad, ser por largo tiempo rival de Cicerón.

VII. —La Dicción.

Una buena dicción comprende la dicción material y la interpretativa.

La dicción material se refiere á la voz, á la pronunciación, á la prosodia.

La voz debe mantenerse en su término medio, es decir entre grave y aguda; sólo accidentalmente pueden usarse estos dos últimos registros. “Siendo dicho término medio la voz ordinaria, en él deben expresarse los sentimientos; más verdaderos y naturales.” (LEGOUVÉ.)

Contaba cierto abogado haber perdido uno de sus mejores pleitos, por haber comenzado su alegato con tono demasiado elevado: influyendo la fatiga física sobre el espíritu, se embrolló en los argumentos y no pudo hacer triunfar su causa.

Si , para hacerse oír mejor, ó por la acústica de la sala, es preciso hablar en voz alta, nunca se debe gritar.

“Los gritos deben ser muy escasos, dice Amyot, constituyen una explosión de todas las pasiones; es menester, pues, usarlo muy parcamente.”



La buena pronunciación suple la insuficiencia de la voz. Sansón, uno de los más notables profesores de declamación del siglo XIX, obligado un día á moderar su voz porque tenía que desempeñar luego un papel en “los Pleitistas” de Racine, interpretó, ante sus discípulos maravillados, los diversos sentimientos de Agripina, sin ademanes y con un tono muy moderado. Debe tratarse de pronunciar distintamente todas las letra y sílabas.

La voz disminuye y pierde su amplitud, cuando es la respiración corta ó incompleta. Para evitar este grave inconveniente, es menester ponerse muy derecho, tener el pecho bien libre, moderar la salida del aire y hablar lentamente. Quien habla muy de prisa respira difícilmente.

A una articulación clara y vigorosa debe el orador agregar una buena prosodia, es decir, debe dar á cada sílaba una duración conveniente, y colocar bien el acento tónico ú prosódico.

VIII. —La Dicción interpretativa.

La buena *dicción interpretativa* supone perfecto conocimiento del sujeto y larga práctica y estudio de las reglas dadas por los maestros de la palabra. Refiérese á las pausas, á la tonalidad, al movimiento y los ademanes.

Las *pausas* son el alma del discurso: favorecen la claridad, ponen de relieve las ideas y los sentimientos, y dejan al orador tiempo para expresar su pensamiento con las palabras necesarias. Son de dos clases: pausas escritas y pausas no escritas.

Las *pausas escritas*: coma, punto y coma, dos puntos y punto, exigen generalmente una parada proporcional al valor del signo.

Las interrogaciones y admiraciones no indican pausa alguna, sitio cambio de frase.

Los puntos de suspensión, por lo contrario, indican una detención bastante larga.

Las *pausas no escritas*, es decir no indicadas por signos,

son los reposos requeridos por el sentido para separar algunas palabras, con objeto de expresar algunos sentimientos particulares: dolor, menosprecio, terror, duda.

Hácese generalmente una breve pausa:

1° Después del sujeto, si éste no exige una conjunción:
El sabio prefiere lo útil á lo agradable.

Cuando va seguido el sujeto de un calificativo, no se hace la pausa sino después de este último: La muerte implacable no sorprende al sabio.

2° Entre el nombre y el calificativo, si á este último sigue un complemento: Las nubes cargadas de electricidad.

3° Entre los dos términos de una comparación: Gemía el laúd dulcemente como un ruiseñor en la selva sombría.

4° En las frases elípticas: Cuanto más se asemejan la palabra á la idea, la idea al alma, el alma á Dios; tanto más hermosas son.

5° Para expresar terror, dolor, desdén: Descubrió un cadáver; era el de su hijo.

Para evitar la monotonía, han introducido los grandes escritores en sus composiciones pausas variadas. Hay que imitarles.

La tonalidad es el tono que conviene á la expresión de una idea, á la interpretación de un sentimiento.

El brillo y sonoridad de nuestra lengua facilitan la expresión de los sentimientos verdaderos é íntimos del corazón humano.

Un tono falso produce siempre desagradable impresión y perjudicar mucho al efecto que se desea producir. Un actor célebre, conmovido por el acento de verdad que reinaba en el discurso de un notable orador, decía á un amigo: “Ese es un orador, nosotros no somos más que cómicos.”



Varía el tono con la edad , la situación y el temperamento del que habla, y también con el tema tratado. Una narración de género sencillo requiere mucha naturalidad.

Las elegías y las narraciones conmovedoras se recitan lentamente, con dulzura, en tono que varía entre el medio y el grave.

El lenguaje debe ser lento y serio en el razonamiento; vivo, flexible , elegante, cuando se trata de una obra en que domina la imaginación.

Para expresar los sentimientos violentos ó apasionados, debe ser la voz enérgica y vibrante, no saliendo, empero, de lo natural... La afectación es siempre un defecto.

Las inflexiones constituyen el encanto de la frase; frecuentemente, precisan el sentido; son como una música agradable, cuya belleza consiste en la verdad de los tonos, que suben ó bajan, según lo requiera la naturaleza del pensamiento. Deben siempre imitarse las inflexiones del lenguaje corriente, tan justas y verdaderas, en la interrogación, la duda, la ironía, la exclamación, etc.

En toda frase bien construida, existe una palabra sobre la que se concentra en cierto modo la idea, sobre la que tiende á llamar la atención todo el artificio del estilo; es preciso pues ponerla de relieve por medio de una acentuación más señalada.

Todas las palabras notables de un párrafo no tienen la misma importancia; hay que establecer, pues, entre ellas la graduación que existe entre los sentimientos que expresan.

Hacer resaltar las palabras importantes es un talento, que supone el perfecto conocimiento del asunto.

Cuando está la acción oratoria en armonía con los pensamientos expresados, es irresistible el poder de la oración.

Cuenta Cicerón que los enemigos de Graco no pudieron contener las lágrimas, cuando gritó éste con

voz conmovedora: “Desdichado, ¿adonde iré?... ¿qué asilo me queda? ¿El Capitolio?... Inundado está con la sangre de mi hermano. ¿A mi casa? ¡Allí me espera una desgraciada madre, á quien veré deshacerse en lágrimas y morir de dolor! ...”

En el movimiento, ó sea la marcha del recitado, hay que evitar dos escollos: la demasiada rapidez y la lentitud excesiva. Si la dicción es muy precipitada, no se cuida de las pausas, se agrupan las palabras de modo incoherente, se cansa el orador, y, al fin y al cabo, no se le entiende.

Si la dicción es lánguida ó monótona, pierde el discurso su brillo, y el oyente se impacienta cuando no se duerme.

El movimiento moderado es generalmente el más conveniente. Se le emplea: 1o al principio del discurso; 2° para expresar la melancolía, el dolor, la postración; 3° en la oda, la tragedia, la epopeya, la predicación.

IX. —Los Ademanes y el Gesto del orador.

La palabra es auxiliada muy eficaz y poderosamente por los ademanes y el gesto de la fisonomía. El gesto y los ademanes constituyen un lenguaje mudo que habla á los ojos, y se hace entender más por el corazón que por el espíritu; animan el discurso y suplen la insuficiencia de la dicción; pero dicho lenguaje debe ser sobrio. Los palmoteos, los golpes en el borde de la tribuna, todos los movimientos bruscos, impulsivos, violentos y exagerados, son de pésimo gusto.

Los ademanes perfectos preceden algo ú la palabra, y terminan con ella; deben ser precisos, graciosos, elegantes, y verificarse con el brazo derecho, muy pocas veces con el izquierdo, sin que la mano se eleve más arriba de los ojos, ó descienda más abajo de la cintura. Lentos en la elegía, enérgicos en el drama, sencillos en el relato, han de ser siempre naturales. Vale más no emplearlos, que ejecutarlos mal.

Los antiguos eran muy celosos de la conveniencia y belleza del ademán. Entre los Atenenses, la menor falta de mímica despertaba la risa, y los gladiadores romanos aprendían á caer con gracia en el circo.



En nuestra época, no es menos apreciado el ademán: “He visto al incomparable Carlos Dickens, dice admirado el señor Legouvé, representar tan vivamente la fisonomía, la voz, el gesto, la actitud, el acento del juez y del acusado, que desaparecía el actor complementa tras los personajes. No era él quien hablaba, sino ellos mismos.”

Talma, poco favorecido por su aspecto físico, se transformaba con la armoniosa sonoridad de su voz y la hermosura de sus movimientos de estilo antiguo.

El semblante bien compuesto es factor importante del discurso. Tranquilo durante el exordio, se anima poco a poco y á medida que lo requiere el discurso.

La mirada debe ser modesta y pasearse con seguridad por todo el auditorio, sin detenerse jamás fijamente sobre una misma persona ú objeto. Los ojos son un espejo que retrata los pensamientos del orador. Inflamados en la cólera, están velados en la tristeza y la vergüenza; extravíalos el terror y la admiración los eleva. Así como la cabeza, no deben estar constantemente en movimiento.

X. —Conclusión

Como acaba de verse, el arte de hablar en público exige perfecto conocimiento de las pasiones que pueden agitar el corazón humano, lógica ajustada, palabra elegante, vibrante, apasionada, y acción oratoria irreprochable.

Difícilmente se hallan juntas estas condiciones en un mismo orador, y pocas veces nos será dado admirarlas en toda su integridad, pues los hombres excepcionales, por desgracia, van siendo cada día más escasos. Pero, en este arte como en los demás, existen graduaciones; y cada cual debe esforzarse por fecundizar con el trabajo los talentos que Dios le ha dado, pues es grande la influencia de un hombre que sabe expresarse de modo elegante y correcto. “La palabra y la pluma son una potencia para la causa del bien.” (L. VEUILLOT.)

En la sociedad moderna, el arte del bien decir es, sin asomo de duda, el más importante de todos, pues no sólo encanta y agrada á los auditorios numerosos, sino que también embellece las reuniones íntimas. ¡Qué

gusto no se experimenta, en efecto, al ver interpretar propiamente en una tertulia, algunas páginas escogidas de los mejores escritores de nuestra lengua! Los naipes, el piano, las charlas ociosas no han de ser las únicas distracciones de nuestros salones; y una poesía bien recitada, que revela las bellezas escondidas de un escritor, y presenta de relieve los rasgos salientes de un genio, provoca verdadero entusiasmo entre los oyentes y les hace olvidar las tristes realidades de la vida. “Conviene, dice Monseñor Dupanloup, saber equilibrar la vida ideal con la vida práctica, y poder en ciertos momentos sustraerse á las preocupaciones materiales.”

¡Elevemos los corazones! ¡Sursum corda! nos dice diariamente el sacerdote desde el altar. ¡Sí! elevemos nuestros corazones! Librémonos, cuanto sea posible, de la tiranía de los sentidos y de las duras necesidades que nos obligan á doblarnos hacia el suelo; y cuando necesitemos distracciones y reposo, busquemos, ante todo, los placeres de la inteligencia, pues los placeres sensuales sólo enervan las almas sin conseguir conmoverlas.

FUENTE:

Bruño, G. M. (s.a). *Manual de urbanidad. La Vida en Sociedad. Arte de Hablar — Arte de Escribir Arte de Estudiar*. Procuraduría General

BIBLIOGRAFÍA

- Alzate, Piedrahita, M. V.; Gómez Mendoza, M. Á. y Romero Loaiza, F. (2012). G.M. Bruño *La edición escolar en Colombia 1900-1930*. Ecoe Ediciones.
- Ocampo López, J. (2011). G. M. BRUÑO. SAN MIGUEL FEBRES CORDERO. El Hermano Cristiano de los Textos Escolares. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 16, 15-32. <http://www.scielo.org.co/pdf/rhel/n16/n16a02.pdf>

